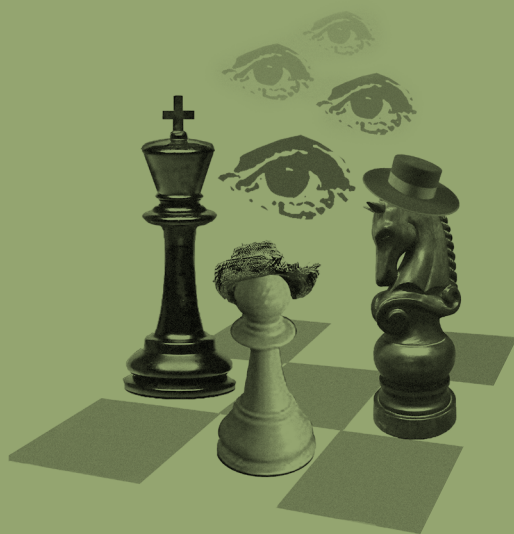


Señoritos, viajeros y periodistas

Miradas sobre la Andalucía del siglo xx

Javier Aristu



Prólogo de Antonio Muñoz Molina



COMARES
editorial

Javier Aristu

Señoritos, viajeros y periodistas

*Miradas
sobre la Andalucía
del siglo xx*

Prólogo de Antonio Muñoz Molina



EDITORIAL COMARES

GRANADA 2022

Ilustración de portada:
Germán Montes

Diseño editorial y maquetación:
Virginia Vílchez Lomas

© Javier Aristu

© Editorial Comares, 2022

Polígono Juncaril • C/ Baza, parcela 208 • 18220 Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com

facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor

instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-352-1 • Depósito Legal: Gr. 488/2022

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

*A Cuca, mi compañera desde hace 50 años.
A mis hijos Carlos y Ana.
Y a Juan Bosco Díaz-Urmeneta, in memoriam.*

SUMARIO

PRÓLOGO. Contra la irrealidad de Andalucía, ANTONIO MUÑOZ MOLINA	IX
INTRODUCCIÓN.	1
1. EL GORRIÓN DISECADO: LA ANDALUCÍA DE JOSÉ MARÍA PEMÁN	15
Laín Entralgo glosa a Pemán	39
2. LA HARCA DE AB-DEL-KRIM	49
3. DOS INGLESES Y UN IRLANDÉS: <i>IN SEARCHING OF A PAST</i>	75
Gerald Brenan viaja por Andalucía en 1949.	75
Ronald Fraser en Andalucía. 1957-1975	91
Iab Gibson, el irlandés que descubrió secretos	98
4. TRES CATALANES EN LA CARRETERA AL ENCUENTRO CON EL SUR	105
Juan Goytisolo, por el desierto almeriense	119
<i>Viaje al Sur</i> , de Juan Marsé	135
Joan Martínez Alier recorre la campiña cordobesa.	143

5. ¿TRADICIONALES O MODERNOS?	153
La sombra de la tradición.	175
Los años sesenta que cambiaron muchas cosas. ...	182
Dos aproximaciones periodísticas al subdesarrollo andaluz desde una óptica regionalista: Nicolás Salas y Antonio Burgos (1970)	184
6. EL GUARDIÁN DEL SEÑORÍO: CAMPO Y CIUDAD A TRAVÉS DE MANUEL HALCÓN.	207
EPÍLOGO	229
Cuarenta años no son nada	229
¿Andalucía subdesarrollada, Andalucía pobre? ...	233
Desconstitucionalización de la estructura del Estado.	235
AGRADECIMIENTOS	241
BIBLIOGRAFÍA.	243

PRÓLOGO

Contra la irrealidad de Andalucía

Antonio Muñoz Molina

En su vejez escéptica, Borges recordaba con más ironía que reproche la pasión nacionalista que se apoderó de él y de su escritura en los años 20: «Olvidadizo de que ya lo era, quise ser argentino». Los andaluces, que veníamos siéndolo con bastante naturalidad y un cierto justificado desapego en los tiempos de mi primera juventud, hemos sido sometidos en las últimas décadas a un proceso de lo que podemos llamar «andalucización», que consiste, como indicaba Borges, en esforzarnos en ser lo que ya éramos, y en serlo de una manera uniformada y uniformadora, dictada por entes administrativos demasiado chapuceros y confusos como para llamarlos «aparatos ideológicos», el principal de los cuales es sin duda Canal Sur, la televisión oficial. Como andaluz de una diáspora relativa, ya que no hay que ponerse melodramático sin necesidad, una experiencia que me sobrecoge cada vez que vuelvo por esa tierra es la de poner la televisión y encontrar uno cualquiera entre la mayor parte de los programas de Canal Sur. El estupor no es solo por la chabacanería o la morralla comercial que se emiten a cada momento, tristemente habituales en cualquier televisión pública española. Lo que me choca siempre, y me sigue entristeciendo cada vez, sin dejarme alcanzar

nunca una consoladora indiferencia, es ver cómo a través de ese medio se difunden y se perpetúan todos los tópicos, las caricaturas, los estereotipos seculares sobre Andalucía y lo andaluz: un acento a la vez artificial y populachero, una preferencia por el folklorismo más banal y degradado, una obsesión por los supuestos rasgos identitarios de Andalucía, la Semana Santa, la Feria de Sevilla y sus derivados, El Rocío, los toros.

Pertenezco a una generación de andaluces —más o menos la de Javier Aristu— que llegó a la conciencia política en los años tardíos del franquismo, y que antes de que se formularan las primeras ideas de vindicación regionalista, y sin ninguna necesidad de ellas, ya sentía un rechazo visceral de la Andalucía beata, pintoresca, juerguista y taurina que había impuesto el franquismo, aunque venía de muy atrás: concretamente, de los viajeros franceses y anglosajones del siglo XIX que encontraban en esta tierra un Oriente barato y más accesible, uno de esos territorios exóticos sobre los que se extiende, admirativa y condescendiente, la mirada colonial. Para aquellos románticos, poco amigos de observar matices, toda España era una extensión de Andalucía, equívoco tan poderoso que aún no se ha disipado, ni lleva camino, una apoteosis de «Carmen» con los usuales ingredientes de vehemencia racial —los exóticos son más ardientes— y de amor por la fiesta y la sangre. El propio Gerald Brenan, que iba a mirar España y Andalucía con una claridad que Javier Aristu elogia con toda justicia, confesaba en sus memorias que llegó por primera vez a Granada con esos lugares comunes en la cabeza, y que sintió cierta decepción, como le había sucedido un siglo antes a Théophile Gautier, al ver que los nativos no iban por la calle con trajes folklóricos. Brenan recordaba que nada más llegar se compró un

sombrero cordobés de ala ancha con la intención de pasar más desapercibido.

Esa era la Andalucía enquistada y turística que promocionaba el franquismo: nosotros imaginábamos que la libertad, cuando llegara, barrería, entre muchas otras cosas, toda aquella escenografía barata, de tierra sometida, y que con su derribo vendría también el de una economía tan visiblemente atrasada con respecto a otros territorios del país, y el de jerarquías y formas sociales a las que habían sobrevivido con tanto sufrimiento nuestros mayores, y que a nuestros ojos contenían la doble infamia de la crueldad y del anacronismo. Cuando la televisión llegó por primera vez a nuestras casas, los únicos personajes andaluces que aparecían en ella eran los de las adaptaciones de los hermanos Álvarez Quintero, y también un individuo sombrío, recio, con voz lóbrega, al que yo tenía olvidado, aunque lo he reconocido de inmediato en las páginas de este libro: El Séneca, el andaluz filosofal de José María Pemán, que era también una presencia frecuente en aquella televisión pétreamente fascista.

Una imagen me viene al recuerdo. Estamos reunidos un grupo de vagos simpatizantes en casa de un amigo, miembro del PCE, en una de las últimas semanas santas del franquismo, la del 74 o el 75, en Úbeda. Nos hemos reunido para discutir lo que se llamaba entonces el «Manifiesto programa», y por cautela o por disimulo la televisión está encendida, con el volumen alto, y de ella vienen exactamente los mismos sonos de trompetas y tambores que llegan por los balcones, aunque tienen los postigos cerrados, por otra de aquellas medidas de seguridad más bien irrisorias que se tomaban entonces. Era que ese año Televisión Española transmitía en directo la procesión general de Úbeda, el

desfile conjunto de todas las cofradías la noche del Viernes Santo. Para nosotros, no podía haber más distancia entre nuestro mundo, el de la reunión clandestina y los debates sobre el porvenir democrático y también sin duda socialista de nuestro país, y el otro mundo opresor y arcaico que llegaba simultáneamente de la televisión y de la calle. España entera y no solo Andalucía era el ámbito de nuestros sueños políticos, todavía formulados en el lenguaje leñoso del marxismo-leninismo, así que difícilmente se nos habría ocurrido que al cabo de menos de dos décadas una televisión pública andaluza transmitiría en directo, noche y día, sin tregua, con fervor, con devoción mariana, todas las procesiones de todas las semanas santas posibles, en las cuales, igual que en la época de la dictadura, participarían autoridades civiles junto a las eclesiásticas, como si el ideal antiguo, y bastante modesto en realidad, de la aconfesionalidad del Estado no pudiera cumplirse nunca en nuestra tierra. Cuando mucho más tarde, creo que a finales de los noventa, el socialista José Rodríguez de la Borbolla declaró que aspiraba a ser alcalde de Sevilla con el objetivo de presidir la procesión del Corpus, ya no hubo ni rastro de asombro.

A Juan Marsé, otro de los nombres mayores que atraviesan este libro, le gustaba citar una frase de un relato de Henry James, sobre unos padres que no pudiendo darle un porvenir a su hija, se preocuparon al menos de ofrecerle un pasado. El porvenir andaluz que no podíamos atisbar a mediados de los años setenta ya viene durando más de cuarenta años, casi los mismos de la administración autonómica, y no puede decirse que haya sido hasta ahora muy brillante, según los índices comparativos de atraso, desigualdad y pobreza a los que se remite Javier Arístu: a lo

que se han dedicado sobre todo las instituciones andaluzas, y los partidos políticos que las sostienen y que se alimentan prósperamente de ellas, ha sido construir un pasado, hecho con dos ingredientes que no acaban de armonizar entre sí: el primero, la retórica del nacionalismo identitario, copiada sin mucho escrúpulo de los modelos vasco y catalán, que a su vez son copias de otros modelos anteriores, tan repetidos siempre, tan monótonos, que le llevan a uno a preguntarse cómo es posible que una ideología dedicada a la exaltación y a la invención de diferencias produzca resultados tan idénticos; el segundo ingrediente es el viejo, el inmemorial, el decrépito repertorio de los estereotipos andaluces. De una parte, la patria irredenta, eterna, superior, oprimida, invadida, acosada; de otra, la tierra risueña de María Santísima. Esfuerzos que deberían dedicarse a causas más útiles se invierten, por un lado, en inventar una identidad irreductible, una diferencia entre arrogante y quejumbrosa; pero por el otro lado esa preciada singularidad se construye sobre la apropiación con ambiciones de exclusividad de los más rancios lugares comunes que alimentaban antes y vuelven a alimentar ahora el más rancio nacionalismo español: los toros, el catolicismo ostentoso y contrarreformista, la oficialidad de la juerga, la copla. Cuenta Javier Aristu, cosa que yo no sabía, y que no debiera sorprenderme, que en 1996 Canal Sur emitió una nueva versión de aquellos monólogos pemanianos que yo recordaba de mi infancia: es casi obscena la continuidad, la pura desvergüenza de seguir celebrando oficialmente a un escritor que representa, además de lo más podrido del fascismo español, la forma más degradada y reaccionaria de maquillar con faralaes verbales la realidad de Andalucía. Uno de los rasgos que dan originalidad a este libro de Javier Aristu es su manera

de examinar el lugar de la literatura en los procesos de tergiversación y ocultamiento de una realidad todavía más injusta y desesperanzada porque es muy difícil asomarse a ella con los ojos abiertos: la prosa recamada de Pemán, las banalidades orteguianas de Laín Entralgo, el gatopardismo chulesco y con pistola de Manuel Halcón, urden un telón de mentiras al servicio directo de la explotación del trabajo humano y de los intereses de clase, de una organización social que se sostiene sobre el atraso y sobre la pobreza de la inmensa mayoría: justo los que sufrieron el régimen de terror impuesto desde el verano de 1936 por los que pronto iban a ser los vencedores de la guerra.

Pero es también en la literatura, y en la investigación esforzada y rigurosa, donde Aristu encuentra la posibilidad de un conocimiento verdadero de la realidad de Andalucía, que es también la herramienta imprescindible para transformarla con un sentido de justicia y progreso. Sus héroes son viajeros, algunos de ellos anglosajones, aunque dedicados a disipar lugares comunes, en vez de a confirmarlos. Gerald Brenan, Ian Gibson, Ronald Fraser, entre otros, viajaron por Andalucía y vieron lo que nadie parecía ver, la belleza, desde luego, la cordialidad humana, pero también el atraso, la miseria, las huellas de los crímenes recientes pero silenciados, la evidencia de la opresión. La mirada del forastero puede ser iluminadora, si no es condescendiente: Caro Baroja, Martínez Alier, Juan Goytisolo, Juan Marsé, fueron creando cada uno por su cuenta retratos veraces de aquella Andalucía que hasta al menos la mitad de los sesenta no empezó a salir de la miseria económica y de la postración del miedo colectivo. Ellos pudieron hacer una parte de la tarea que les hubiera correspondido a las minorías intelectuales y universitarias que en Granada y

en Sevilla fueron perseguidas con una saña tan vengativa como la de Fernando VII en su regreso absolutista de 1823. Hay cierta lógica en perseguir a activistas políticos, a sindicalistas, incluso a escritores. Fusilar a catedráticos de pediatría o de química orgánica, como sucedió en 1936 en Granada, es una proeza insuperable de oscurantismo. Uno de aquellos talentos que tuvieron que irse, porque los que mandaban les hicieron la vida imposible, pero que habrían hecho tanto bien si se hubieran quedado, fue el profesor Francisco Márquez Villanueva, al que me ha conmovido encontrar en este libro. Yo lo conocí en Boston, en los años 90, en el campus de Harvard, donde mantenía su acento y su desconsuelo de sevillano desterrado. Estaba muy lejos y era como si nunca se hubiera ido de Sevilla. He conocido a pocas personas que comprendieran tan hondamente a Cervantes. Ni en Sevilla ni en ninguna otra universidad española tuvo nunca la posibilidad de enseñar.

No es el pasado suntuoso y falso de Tartessos, o de al-Andalus, el que los andaluces necesitan vindicar, y menos aún enseñar en escuelas en las que sería importante difundir algo de conocimiento verdadero. Y no es el autohalago narcisista ni el victimismo quejumbroso lo que nos hace falta para construir una sociedad justa y habitable. Tampoco hay la menor necesidad de tantos himnos, banderas, padres de la patria, solemnidades, efemérides. Nos hace falta estudiar la historia, no las fábulas, y reunir todos los datos posibles y fehacientes para diagnosticar con la máxima precisión nuestras debilidades y nuestras fortalezas. También sería recomendable que la izquierda, no solo la andaluza, abandonara alguna vez la misteriosa fascinación por el nacionalismo separatista en la que cayó hacia la segunda mitad de los años setenta, y se empeñara en un

proyecto progresista y por lo tanto solidario para todos los territorios de España. Javier Arístu aspiraba a que la política en Andalucía dejara los reinos vaporosos de las identidades y bajara «al suelo de la realidad».

Este libro que nos dejó puede ser un instrumento muy valioso en ese empeño.

Durante su último año con nosotros, Javier Aristu dedicó tiempo y energía a reflexionar y a escribir este texto, una bella herencia, con sus últimas inquietudes, sus últimas preguntas: ¿de qué hablamos hoy cuando hablamos de Andalucía?

Contiene las miradas de quienes construyeron un «imaginario de Andalucía» a partir de la guerra. Un análisis fino, e irónico, de todas esas imágenes: infundadas, frágiles, fragmentarias, voluntariosas, interesadas..., caducas. Abre la función la «construcción» evolutiva de Pemán, con la primera televisión a su servicio; y le acompaña el silencio de quienes, en esas mismas fechas, tuvieron acalladas sus voces. El segundo movimiento convoca a las inquietantes observaciones de testigos «más libres», viajeros por Andalucía en los años cincuenta y sesenta (Fraser, Pitt-Rivers, Brenan, Marsé, Goytisolo, Martínez Alier, Caro Baroja...). Un tercer movimiento lleva a la explosión coral y discordante, a partir de los sesenta, de las visiones de muchos andaluces (Burgos, Salas, Castilla del Pino, Clavero...). Y les sigue un atemperado silencio, con el sordo y pausado sonido de la Andalucía eterna, de la mano de Halcón, reflejo acaso de esa paradójica «satisfacción» que envuelve a la sociedad y a la acción pública hasta las crisis de este siglo. Con ello la función termina. Desde entonces nuestras imágenes de Andalucía apenas son una dispar mezcla de las vacilantes respuestas reseñadas, inaudibles.

Un libro apasionante, sugerente, con una clara petición final: incitarnos a construir un mejor futuro, sobre la realidad, atendiendo la dignidad de quienes viven en ese espacio que llamamos Andalucía, en el sur de España, de Europa, en el mundo.

